

República burguesa ribeteada de socialismo.

Bien comprendemos cuán utópico es este generoso anhelo de Ortega de que España tenga un gobierno que represente la unanimidad sin diferencias de intereses, religiones, doctrinas sociales, etc., etc., católicos y radicales, catalanes y vascos, capitalistas y obreros, (¿también monárquicos y republicanos?) unidos todos en una cordial aspiración de engrandecimiento nacional. Sería, sin duda, un gobierno ideal, pero de equilibrio en que todos los intereses y doctrinas encontrarían acogida, lo cual lo haría tan inestable que al menor choque de los intereses antagónicos que en él se encontrarían representados, el equilibrio se rompería, y necesariamente tendría que venir un gobierno de principios y actitudes definidos. Así, por ejemplo, creemos que si cayera el actual gobierno cuya cabeza doctrinaria es Azaña, vendría uno desteñido y moderado encabezado por Lerroux o uno conservador dirigido por Maura, representando cualquiera de ellos a sus respectivos partidos o grupos, los cuales a su vez representan los diversos sectores en que se divide la opinión política de la Península. Estimamos más perjudiciales esos gobiernos anodinos que pretenden obrar inspirados por «el sentir general», que los que se han generado en luchas electorales (el actual gobierno de España) en las que los partidos no han llevado más señuelo que el de sus principios. Por experiencia sabemos que esos gobiernos que alardean de ser el re-

flejo nacional, son, a la postre, gobiernos personalistas o de caudillos sustentados por la fuerza bruta, y cuyos únicos beneficiados son los que usufructúan sin control del poder público, porque ellos, según su lenguaje, representan «el sentir unánime sin partidismos de ninguna especie...»

Por eso estimamos que por muy elocuentes y patrióticas que sean las palabras de Ortega y Gasset, sus sugerencias sólo encontraron acogida en un grupo reducido y selecto,— y así sucede— cuyos adherentes tengan al menos afinidad de principios que anude las aspiraciones; pero sin llegar a constituir un gran partido político que determine a la masa electoral a inclinarse en su favor, y sólo mediante el consenso de las mayorías se genera un gobierno republicano en su sentido burgués y democrático. Es decir lo que el propio Ortega constata en la *Rebelión de las Masas*.— *Milton Rossel*.

HISTORIA DEL I AÑO DE LA REVOLUCIÓN RUSA, por *Víctor Serge*.

Los años empiezan a dar a ese fenómeno social extraordinario que se llama la revolución rusa, los relieves que permiten mirarla con detenimiento, en detalle. Los acontecimientos se separan, los sucesos se hacen nítidos, se ven los enlaces de un hecho con otro, y sus ocultos y oscuros orígenes salen a luz desde el fondo de los años terribles. Los hombres que la dirigieron, que la atacaron, cobran perfiles definidos;

se sabe cuáles fueron sus intenciones y a qué fuerza social o ideológica obedecían al moverse en esta o aquella dirección. En una palabra, la historia empieza y aunque no sea en su mayor parte la historia que se necesita para apreciar razonablemente, es decir, críticamente, el acontecimiento ruso, no por eso deja de tener para el lector un interés grande, ya que puede juzgar, tanto como el relato se lo permita, y basándose en los principios morales o de otra índole que posea, el hecho que el reciente historiador le presenta.

Este libro (1) de Víctor Serge es un relato apasionado del primer año de la revolución rusa. Está escrito con mentalidad bolchevique y está escrito así premeditadamente.

He procurado presentar en este libro un cuadro verídico, vivaz y razonado, de las primeras luchas de la Revolución socialista rusa. Siendo mi principal deseo el poner de relieve ante los ojos de los proletarios las enseñanzas de una de las épocas más grandes y decisivas de la lucha de clases en los tiempos modernos, no me era posible hacer otra cosa que exponer el punto de vista del proletariado revolucionario. Esta actitud mía presentará para el lector ajeno a las doctrinas comunistas la ventaja de darle a conocer la manera cómo comprendían y cómo comprenden la revolución aquellos que la hicieron.

La actitud de Víctor Serge es razonable. Nos permite a nosotros juzgar a través de su libro no sólo los acontecimientos sino también

los individuos, y con eso salimos ganando. Para los comunistas este libro, más que una historia simple de la revolución rusa, es un arma didáctica de primer orden. La revolución rusa ha dejado a los comunistas de todo el mundo valiosas enseñanzas.

El libro está bien documentado y escrito de manera que apasiona. El autor no defiende demasiado a la revolución y no la defiende porque sabe qué clase de público tiene su obra. Expone, sí, de manera detallada los puntos de vista que Lenin tenía al proponer o al atacar determinada proposición revolucionaria. En este sentido, el libro es inmejorable, pues demuestra de manera clara que el verdadero jefe de la revolución rusa fué N. Lenin, a quien sigue, en orden de mérito revolucionario, Trotski, gran organizador.

Los acontecimientos se suceden en orden cronológico y cada uno está expuesto sumaria y razonadamente, dando todos los detalles que pueden llevar a una mejor comprensión. La política que los imperios centrales y los aliados desarrollaron frente a la revolución está estudiada inmejorablemente. La relación que existió entre la revolución rusa y la revolución alemana destácase con nitidez. Se ven con claridad los motivos que obligaban al Partido a realizar esta o aquella medida y de qué manera los acontecimientos venían a dar razón a Vladimir Iliitch Uliánov, alma inteligente del Partido bolchevique.

En suma, un libro que sería completo si tuviera un poco de espíritu

(1) Zenz, Madrid, 1931.

crítico no revolucionario, es decir, no comunista, si se atreviera a examinar desde un punto de vista personal los acontecimientos de la revolución bolchevique. Pero, a pesar de eso, está muy bien.—  
M. R.

— — — —

#### UN PANORAMA POLÍTICO DEL MUNDO

Para aquellos que deseen acercarse o conocer en parte la violenta crisis económica y política que sacude, al terminar el año 1931, los cimientos de Europa, el libro del escritor francés Paul Louis, *Panorama Político del Mundo* (1) ofrece una síntesis muy interesante. El dilema planteado por Louis a la civilización occidental, es el de la guerra o la revolución social. La tesis del autor está saturada de pesimismo; pero proviene éste, como el de casi todos los escritores europeos del momento, de las amargas desilusiones dejadas por la guerra, que no solucionó ningún conflicto y, por lo contrario, creó otros irreductibles, y por la extrema crisis económica, que ha arrojado sobre el mundo extensas mareas de desocupados. Louis analiza los orígenes de la guerra y el secreto de los tratados posteriores o simultáneos. Se camina a lo largo de este libro, en medio de revelaciones y de ángulos de sorpresa. Los tratados secretos, que pesaron mucho en las Conferencias de la Paz, y que pesan hoy con no menor gravedad

en el Estatuto de la Europa nueva, organizaban la expoliación de una parte del continente por la otra. Los vencedores no tuvieron escrúpulos de ninguna especie, y sin preocuparse de las preferencias de las poblaciones, fueron transferidas de un dominio a otro en los Balcanes, en el Danubio, en la Europa del Nordeste, lo mismo que en las colonias. Cuando América entró en la guerra mundial, el coronel House, el enviado de Wilson, pidió a Balfour, Ministro británico de Negocios Extranjeros, que se le dieran a conocer los Tratados negociados entre los aliados, para el reparto del botín. Todo esto consta en los papeles íntimos de House, publicados en París en 1930. Balfour, al decir de House, manifestó alguna repugnancia por el espectáculo que habían dado las Cancillerías. Existían el Tratado de Londres, de 1915; el de Saint Jean de Maurienne, de 1917, y, además, las cláusulas que impuso el Japón para cobrarse en China y en Oceanía.

Louis deduce que los tratados secretos han dado a la guerra su verdadero sentido; no fué más que un choque de los imperialismos, pretendiendo cada potencia arrebatarse a la vecina territorios y mercados. Este dato basta. Pero las consecuencias fueron funestas. Tan funestas que a varios años de distancia la situación del mundo, lejos de arreglarse, se desconcertó, y especialmente en el dominio de la producción y del cambio. Jamás—expresa Paul Louis—había suscitado la guerra tantos daños materiales, ni había destruído tantos

(1) Ediciones Oriente. Madrid. 1931.